



Facultad de Medicina
Clínica Alemana - Universidad del Desarrollo



XII

Concurso Artístico y Literario

Centro de Humanidades Médicas

SUPLEMENTO REVISTA ACADEMIA



12 años de creatividad y talento

El Concurso Artístico y Literario se ha convertido en una importante instancia anual para promover la creación y el encuentro con las artes al interior de la Universidad del Desarrollo. Nació el año 2011 al alero del Centro de Humanidades Médicas de la Facultad de Medicina Clínica Alemana Universidad del Desarrollo y desde entonces esta iniciativa busca ser un espacio cercano y de calidad, para que los estudiantes y la comunidad universitaria muestren y potencien sus habilidades artísticas a través de poemas, cuentos, fotografías, dibujos, esculturas, e instalaciones, sumando este año las categorías de Cómic y Música.

En sus doce años de existencia se han recibido más de 500 obras y premiado sobre 100, lo que da cuenta de una comunidad entusiasta, reflexiva y diversa.

Si bien este certamen fue concebido inicialmente de manera exclusiva para los estudiantes y comunidad de la Facultad de Medicina, la participación de los concursantes y el interés general llevó el año 2017 a ampliarlo a todas las carreras de la UDD.

En esta duodécima versión y tras dos años de pandemia y distanciamiento social, volvemos a exhibir las obras de manera presencial con la temática "El encuentro". Recibimos 53 obras que hablaron desde distintos ángulos, de esta temática, 19 de ellas obtuvieron los primeros lugares y las menciones honrosas. Una vez más, la Poesía y la Fotografía son las maneras de expresión más utilizadas.

Felicitemos y agradecemos a cada uno, por animarse a hacer comunidad universitaria a través de las artes y las humanidades.

Equipo
Centro de Humanidades Médicas

Jurado:

CUENTO, POESÍA Y MÚSICA:

Cristián Barros, abogado, escritor y docente UDD.

Susana Dörr, directora Centro de Humanidades Médicas UDD.

Guido Larson, director Instituto de Humanidades UDD.

Paola Massaro, directora Biblioteca UDD;

Rosabetty Muñoz, poeta chilena, oriunda de Chiloé.

FOTOGRAFÍA, PINTURA O DIBUJO, INSTALACIÓN O ESCULTURA Y CÓMIC:

Macarena Barros, coordinadora Centro de Humanidades Médicas UDD.

Dr. Juan Claro García-Atance, docente PUC y experto en medicina narrativa (Cómic).

Fernando Gómez, fotógrafo.

Alejandra Rubio, actriz, Magister en Arte Terapia y directora del programa PROPAE (pacientes entrenados) de la Facultad de Medicina.

Óscar Mackenney, vicedecano de Arquitectura y Arte UDD.

CUENTO

1er lugar "Arabella"

Autora: **Antonia Correa**
Estudiante pregrado
Psicología
Facultad de Psicología

2do lugar "Por ningún motivo"

Autor: **Roberto Canales**
Estudiante pregrado
Psicología
Facultad de Psicología

3er lugar "Quarentine"

Autor: **Diego Bustos**
Estudiante postgrado
Medicina
Facultad de Medicina

DIBUJO

1er lugar "Sobre nosotros"

Autora: **Catalina Fischer**
Ayudante
Arquitectura
Facultad de Arquitectura

2do lugar "Futuro cercano"

Autora: **María Belén Ferreira**
Estudiante pregrado
Diseño de Interacción
Facultad de Diseño

3er lugar "G"

Autora: **Hellen Quiñones**
Estudiante pregrado
Ingeniería Industrial
Facultad de Ingeniería

POESÍA

1er lugar "Ir y no volver"

Autor: **Joaquín Díaz**
Estudiante pregrado
Periodismo
Facultad de Comunicaciones

2do lugar "Soledad"

Autora: **María Eugenia Wurth**
Colaboradora
Facultad de Medicina

3er lugar "Gritemos en la orquesta urbana"

Autor: **Danilo Cabrera**
Estudiante pregrado
Arquitectura
Facultad de Arquitectura y Arte

FOTOGRAFÍA

1er lugar "Niebla"

Autora: **Astrid Valenzuela**
Docente
Medicina
Facultad de Medicina

2do lugar "Reencuentro"

Autor: **Benjamín Villela**
Estudiante pregrado
Derecho
Facultad de Derecho

3er lugar "(Re) Encuentro con los vestigios"

Autor: **Carolina Arros**
Docente
Arquitectura
Facultad de Arquitectura y Arte

MENCIONES HONROSAS

Música "Vuelta a la vida"

Interprete: **Kevin Liu Chen**
Estudiante
Medicina
Facultad de Medicina

Instalación "Telaraña Urbana"

Romina Brusadelli
Estudiante
Arquitectura
Facultad de Arquitectura y Arte

Cómic "Flautista de estrellas"

Sohad Hodali
Estudiante postgrado
Arquitectura
Facultad de Arquitectura y Arte

Fotografía "Abracemos los pasillos"

Autor: **Constanza Guerén**
Estudiante pregrado
Psicología
Facultad de Psicología

Dibujo "Junta"

Autor: **Cristián Dulanto**
Estudiante pregrado
Bachillerato Ingeniería Comercial
Facultad de Economía y Negocios

Poesía "Después de tantos días"

Autora: **María Cristina Silva**
Colaboradora
Unidad de Apoyo Docente
Facultad de Comunicaciones

Cuento "Padre (los señores de la plaza)"

Autor: **Sebastián Ignacio Bulnes**
Estudiante pregrado
Ingeniería civil industrial
Facultad de Ingeniería

Experiencias vitales tras la ausencia

El solo hecho que estas líneas se estén escribiendo con ocasión del XII Concurso Artístico Literario organizado por el Centro de Humanidades Médicas, habla de su reconocimiento como una actividad de encuentro permanente en la vida de la Universidad del Desarrollo. Esto no es común en instancias así. Es indicativo de un compromiso profundo con la entrega de espacios que fomenten la creatividad plenamente humana, ya que los trabajos resultantes esbozan una herramienta con la cual es posible penetrar en nuestra propia naturaleza: una caracterizada por una imaginación incontenible, creadora, sensible, capaz de movilizarnos hacia emociones que nos sorprenden o que nos conmueven, y que nos llevan a conectar con un Otro que, en alguna medida, nos refleja como un espejo, haciendo visible lo que solo intuimos de manera difusa.

La temática de este año descansó en "El Encuentro", expresión cuya significancia en esta oportunidad es histórico-dependiente. Mal que mal, los seres humanos se encuentran de forma rutinaria con cosas, objetos, personas e ideas todos los días. Pero ahora era distinto. Ahora el enunciado muta a uno donde miramos hacia atrás, reevaluando el presente con la sensación de haber sobrepasado una deformación en el tránsito del tiempo.

Lo que experimentamos como comunidad, con el despliegue implacable de la pandemia, puso en suspenso aquello que dábamos por sentado. **Y por eso encontrar o encontrarse toma otra dimensión, porque se hace con la experiencia vital de la ausencia profunda provocada por la crisis**, un vacío que

contaminó casi todo, una nada aterradora que alteró los hábitos y certezas que dan sentido reconfortante a nuestra vida. Que provocó miedo, angustia, incertidumbre y dolor. Y quizás, paradójicamente, una ausencia que cristalizó en un deseo innato que clama con fuerza por la necesidad de volver a encontrarse. Forma parte del ideario colectivo esta idea de que las cosas no se valoran hasta que no se tienen. Pero esto parece requerir de matices. No es que, por decir, solo valoremos a nuestros amigos porque no están ahí, sino que son nuestros amigos precisamente porque los valoramos y es eso lo que nos empuja hacia ellos. El punto es que lo que nos resulta valioso interactúa con nuestra subjetividad de manera inusual, naturalizando lo que, quizás, es menos natural u obvio de lo que asumimos. La angustia provocada por las circunstancias extra-ordinarias en las que convivimos, es tanto un efecto de ese valor convertido en trivialidad, convertido a su vez en ausencia; como la incertidumbre relativa a su proyección futura.

Si bien la incertidumbre no ha retrocedido por entero (y en estricto rigor, nunca lo hará), lo cierto es que el escenario presente parece más esperanzador. Y es ahí donde el encuentro colinda con la creación, porque ciertamente el retroceso de la crisis es también un readecuación de nuestra epistemología. Una que nos permite repensar, innovar, cuestionar nuestro rol en el mundo y la dirección general que tiene nuestra vida en la interacción con los demás. Muchos de los trabajos presentados dejan entrever una aproximación de este tipo, o al menos una donde el encuentro es también un ejercicio de excavación que se enfoca en lo sustantivo antes que lo superfluo.

En el mismo sentido, y en esto también está el acierto de la temática, el concurso implícitamente reconoce que no somos criaturas solitarias, desconectadas u ocultadas a la mirada de los demás. **Los trabajos son, de hecho, creaciones luminosas que buscan deliberadamente ser observados y leídos. Y la posibilidad de haberlos explorados, permite formar una suerte de lazo de empatía al tocar fibras emocionales, intelectuales o espirituales que todos tenemos y compartimos.** Ciertamente, esa fraternidad es merecedora de celebración.



Guido Larson

Director Instituto de Humanidades UDD
Facultad de Gobierno

Cuento

PRIMER LUGAR

“Arabella”

ANTONIA CORREA

Estudiante pregrado
Psicología
Facultad de Psicología

Sabiamente se ha dicho que dentro está la voluntad que nunca muere; que en el amor y la entereza de un espíritu que se entrega a ese ardor libre de entendimiento y de razón, se da una fuerza que sobrevive hasta al cese del cabalgar del corazón.

Arabella; la única palabra que le hace justicia a tu ser. Todas las noches, como una plegaria, entono tu nombre, y todas las mañanas, a la par con el sol que ante mis ojos amanece, la repito cual aliento de ánimo para recordarme para qué estoy aquí.

¡Arabella!, ¡Arabella! ¿Cuántas lunas, cuántos inviernos y primaveras han desfilado ante mi ventana? Si bien la cuenta he ya extraviado, mi propósito lúcidamente en mi mente se ha quedado.

Tercera hija de un matrimonio fruto del deber, Arabella provendría de una ilustre familia del oeste del país, en donde los inviernos son tan blancos como coloridos los veranos. Precedida por sus hermanos; un conspicuo abogado bastante mayor que con su esposa e hijos se habría trasladado a las tierras de Viena; y una hermana, muerta pocos días después del parto en el que habría perecido también su madre, Arabella sería el tesoro de los ojos de su padre; un noble de mayor edad poseedor de una notable fortuna. Ella, quien se habría criado la mayor parte de su vida como única hija, habría recibido un abundante cariño de su progenitor, por el cual nadie podría jamás llegar a competir.

Ya no recuerdo la primera vez que intercambiamos palabras, ya que la cercanía de nuestras familias hubo propiciado un fuerte vínculo entre nosotros que habría comenzado a temprana edad, pero no fue hasta al fin de nuestra niñez que unos nuevos sentimientos se encendieron en nuestro interior. En aquel entonces, habiendo perecido mi familia por las huestes de la plaga blanca, y dada la soledad que el distinguido señor y su hija habrían de sufrir producto de la lejanía y la muerte, este me habría adoptado como su pupilo, en reemplazo del hijo varón quien, por indiferencia u olvido, jamás habría de volver. De esta manera, a pesar de no compartir parentesco alguno con la familia, tanto los criados como mis hospedadores me tratarían como el pequeño Señor de la casa. Los recuerdos de mi infancia y adolescencia en aquel hogar, si bien no se verían desprovistos de pérdida y desgracia, habrían consagrado una tierna calidez en mi atribulada existencia en mis años de adultez, y de entre ellos sería la remembranza de las jugarretas, paseos y conversaciones con la muchacha las que mayor consuelo me entregarían.

Oh, Arabella, en mi soledad me pregunto si existiesen acaso las palabras para esculpir la silueta de tu alma, pues mi lenguaje no hace más que profanar tu inaprensible dulzura, ya que, después de todo, ¿cómo hacer caber el cielo en lo vulgar de la tierra? Difícil sería estimar cuántas veces se nubló mi juicio al contemplar la sutileza de tus facciones, enmarcadas por esos ondulados pétalos cobrizos; y cuantas

otras olvidé hasta mi propio nombre al escuchar las entonaciones de tu voz, suave cual murmullo de los árboles. Ella, tan virtuosa y reservada, no sería sino la reencarnación de Astraïã, cuyo puro e inocente corazón se dignaría a vivir entre los mortales, a pesar de la infinita superioridad que su mirada delata.

No hubo mayor desdicha en mi prematuro e ingenuo ser que el momento en que me fue arrebatada por su padre, quien, no bien aparecidos los primeros signos de la emergencia de la adultez de la niña, la habría mandado al convento para protegerla de las impuras intenciones de sus pretendientes, hasta que apareciera, al fin, un candidato digno de desposarla, pues aún a pesar del cariño y confianza que el noble me profesaba, no había mortal que pudiese siquiera aspirar a la mano de su adorada hija.

Forzada a dedicar el fervor de su joven alma a los cielos, no hubo día en que mi Arabella emitiera siquiera la mejor queja bajo aquel sentencioso velo, orando, leyendo y comulgando con la devoción de quien elige libremente estar en sus hábitos. No fue sino por la voluntad de nuestras pasiones que seguimos viéndonos en secreto bajo el tenue aliento de cada luna cuarto creciente. Tras cada encuentro que pasaba, más maduro iba haciéndose su otrora infantil rostro y, por imposible que pareciese, mayor era la belleza que florecía en mi amada. Fue bajo el cenit de una de esas lunas que le pedí ser mi esposa, con la firme promesa de amarla y cuidarla a pesar de las

palabras de su padre o de cualquiera que concibiera siquiera la idea de impedir nuestra sagrada unión. Pero ella, con un halo de profunda melancolía y tristeza, depositó entre las mías, por la que sería la última vez, sus marmóreas manos, pinceladas con finos trazos del color de las flores de azafrán y muscari, y bajó la mirada con la resignación de quien aceptara su senda ya labrada de martirio. A pesar de su amor hacia mí, le había jurado sus votos a otro, sellando para siempre su destino para vivir como una sagrada meretriz de Dios sobre la tierra.

Desdichado yo, cuya esperanza había sido por segunda vez arrebatada, nada menos que por el soberbio inquisidor entre cuyas manos danzarían el éter y las esferas. ¿Cómo competir con el mismísimo creador, el Alfa y la Omega, principio y fin de toda la existencia?, ¿quién soy yo ante aquél que es, que era y que ha de venir, sino una pútrida semilla de mostaza? Sin embargo, ¿quién merece la pureza de su alma, tan elevada sobre el plano de los mortales, sino el grandísimo Señor? Pero no puedo sino pensar en la ironía de esta tragicomedia que es la vida humana, en la que el misericordioso, el omnibenevolente ciervo herido, termina siendo el villano usurpador de la inocente dicha de aquél miserable devoto cuya vida habría sido un ferviente trabajo hacia la buena ventura. Triste de mí, que he de sufrir una perversa traición alentada por el espíritu de Judas, a manos del mismo traicionado cuya inocencia y pureza de espíritu serían por siglos alabadas. ¡Reniego, oh, de ti, infausto tirano!

Non serviam, exclaman las aves; Non serviam, gritan las piedras. Derramado se ve el vino y quebrada el Arca de la Alianza. Rompo para siempre este pacto divino que fríamente impusiste sobre mi inmadura cabeza al nacer en este mundo.

Seré, yo, indigno del amor de mi atesorada Arabella, pero es en el fondo ineludible la verdad que ahora se me revela, de que ninguno de los dos es realmente merecedor de ella, pues ha demostrado elevarse por sobre cualquier dios, ángel y hombre. Comprendo al fin que la verdadera humillación para aquél dios que no sabe ser hombre no es la crucifixión, la desnudez ni la muerte, sino la pérdida del amor de un alma pura, pues el único rincón de la tierra que escaparía a tu omnipotencia sería, finalmente, la voluntad humana. Y qué mayor vejación que el desamor para aquél, el único, que está condenado a amar todo aquello que fútilmente ha creado. Será, pues, no tuyo, sino mío el corazón de mi adorada, y será este el acto último que subyugará a los pies del hombre al Altísimo Rey de Reyes.

Sería bajo aquél mismo cielo estrellado que profesaría mi juramento hacia mi amada y a los cielos; que no habría de volver y ofrecer mi mano hasta ser digno de ella.

Emprendí, así, mi viaje hacia lo desconocido, en busca de aquello que ni el César podría atreverse a reclamar. Difuso el sendero que habría de tomar, pero clara la

determinación que impulsaría mis fuerzas y voluntad. Varios años pasarían desde mi partida, mi bigote juvenil finalmente terminaría de germinar, y mi frágil cuerpo adquiriría la robustez y altura del adulto en que me habría convertido. Mi voz, ahora más grave y profunda, apenas guardaría semejanza con lo que alguna vez fue, y mis facciones, más definidas y proporcionadas, abandonarían para siempre la inocente redondez de mi adolescencia.

Son incontables las noches que pasé sin dormir, observando junto a mi caballo el lienzo estrellado que alguna vez habría sido telón de fondo de nuestras juveniles escapadas. No hubo jamás momento en el que olvidara mi promesa; aún en el fragor de la batalla, en medio de las espadas enemigas; aún en las torrenciales tormentas marinas bajo las cuales los navíos se abrían paso rumbo a los selváticos horizontes de Capricornio; aún en las suntuosas cenas orquestadas por los sultanes de las enigmáticas tierras orientales; y aún en los duros desvelos que los estudios de las artes secretas y la alquimia me hubieran de reclamar.

No fue hasta el otoño, al regreso de una de mis expediciones a los templos del Tíbet, que recibí un mensaje a mi residencia, ubicada en una ciudad no muy lejana de mis tierras de origen. Estaba escrito por uno de los confiados criados del hombre que me había dado alimento, educación y techo. Aparentemente, su señor se encontraba indispuerto dado un progresivo

deterioro mental y físico que le impedía redactar y siquiera comprender la situación por la que se me evocaba, y me rogaba que volviese lo más pronto posible, para tomar el papel que tanto el anciano como su hijo mayor no podían ocupar. No fue sino hasta el final de la carta que se me comunicó la principal razón de mi llamada, y ¡Oh Dios mío! Cuánto júbilo invadió mi henchido corazón al leer la noticia. Aún después de leer repetidamente lo que se me escribía, mis ojos no podían creer lo que esas palabras de tinta me anunciaban. Mi mente se había exaltado y trastornado al punto de querer partir corriendo con mis propias piernas a la antigua mansión. Al fin había llegado el momento; me había hecho merecedor de la mano de mi venerada Arabella. Escribí inmediatamente al viejo criado para que ordenara al resto de los sirvientes que dispusieran todo de la manera en que mandaba, y envié un ave mensajera para que hiciera llegar lo más pronto posible la misiva. No destiné más tiempo a meditar ni hacer mayores preparativos y ordené a mis criados que alistaran mis caballos para el trayecto. Esa misma noche emprendí mi rumbo y, casi sin descanso para las pobres bestias, llegué a la residencia.

Los preparativos estaban dispuestos tal como había ordenado. El viejo jefe de criados me recibió amablemente y los otros sirvientes, muchos de los cuales eran caras desconocidas para mí, me saludaron con gran cortesía. Sin embargo, no me detuve mucho para realizar aquellas formalidades y me dirigí rápidamente a la habitación que me habían indicado.

Allí estaba ella, cubierta por un velo blanco de un finísimo encaje y vestida con un ligero vestido que se extendía hasta los tobillos. Descubrí delicadamente su rostro y la observé embelesado durante varios minutos en los que el tiempo pareció detenerse. Reconocí en sus rasgos ya maduros una belleza que me era a la vez familiar y hermosamente irreconocible; pero no había duda, aquella era mi Arabella. Su piel, de un alegre color cetrino y verdoso, ostentaba manchones de una variedad cromática semejante a los frutos rojos que solíamos recoger en nuestra infancia, como grosellas, moras y frambuesas, santificada por una exquisita sinfonía de aromas que impregnaban la habitación; una densa fragancia dulzona, combinada con la fresca esencia de las docenas de flores que adornaban la estancia. Su torcido cuello, interrumpido por una profunda y espiralada hendidura purpúrea trazada de oreja a oreja, se veía enmarcado por unos ondulados mechones de un ardiente color rojizo, aún más intenso que la última vez que los vi. La asimetría de sus rasgos, su aplastada nariz, sus hinchadas extremidades, ¡qué sublime la belleza que se presentaba ante mí!

¡Qué delicioso placer el de contemplar, después de años de apabullante congoja, esas immaculadas facciones, labradas por los querubines de los cielos! Y mi corazón, ¡Oh, mi extraviado corazón! Retumbando cual orquesta de las potestades celestes, amenazaba con escapar de las constricciones de mi pecho. Embelesado yo, preso de un avasallante fervor que conminaba con derribar mi juicio, no podía dejar de

admirar la exagerada curvatura de sus suaves mejillas, las fatuas pestañas en los párpados ennegrecidos, y la rigidez de sus labios entreabiertos, como estancados por la formulación de una plegaria de amor. Dichoso de mí, quien por misericordia del tiempo había vuelto a la vida y adquirido el derecho de desposar a la autora de tan noble acto de amor.

A la mañana siguiente comenzaron los preparativos para el evento que tomaría lugar en los próximos días. Estaban invitadas las familias más ilustres de los alrededores, así como también algunas de las amistades que hube entablado en mis viajes. El gran salón estaba adornado con frondosos racimos de flores de variadas especies, e iluminado con opulentos candelabros cuyos diminutos cristales bifurcaban en pequeñas salpicaduras iridiscentes los halos de luz provenientes de la cúpula que cubría el sol de media tarde. Las paredes, revestidas por finos tapices de medio oriente, hacían juego con las alfombras turcas sobre las cuales reposaban las tumbonas y mesas distribuidas en el salón. Las antiguas estatuas, entre ellas de Himeneos, Afrodita y Venus, daban la bienvenida a los recién llegados, como lacayos del amor que presidiría la velada. En el extremo norte de la espaciosa instancia, frente a dos hileras de asientos de madera, un altar de mármol había sido laboriosamente trasladado, para desde allí presidir la ceremonia que burlonamente se oficiaría mediante una sacra alianza con Dios.

Los invitados, sentados todos ya en las bancas, esperaban expectantes la presentación de la joven, en un estado de eferescencia digno de la ceremonia que tomaría lugar. El obeso obispo se encontraba de pie detrás del altar, mientras que yo, vestido con una galantería jamás antes igualada, me situaba enfrente de este, con la espalda erguida y el pecho apretado por el júbilo y la emoción.

Había llegado el momento; el delicioso y penetrante perfume ganaba progresiva nitidez a medida que mi prometida se acercaba a la estancia. Al ritmo de la sinfonía de los violines y flautas, un par de pajes cargaban con la elegante butaca sobre la cual se encontraba sentada la novia, cubierta esta por un fastuoso velo que no hacía más que despertar la curiosidad de los espectadores, quienes, con los ceños fruncidos, murmuraban y se cubrían la nariz con pañuelos de seda. Sentados a la derecha e izquierda del altar frente al prelado, ella aún sin descubrir el velo que pudorosamente ocultaba su ruborizado rostro, escuchamos atentamente las palabras del oficiante quien, entre toses y carraspeos, terminó de recitar el rito en una curiosa brevedad. Conformándose puramente con mis votos nupciales, dada la indisposición de la joven que vagamente hube de explicarle a este anteriormente, el obispo declaró nuestra sagrada unión y dio paso al beso de los nuevos esposos.

¡Ay de mí, venturoso hombre! En un instante culmina todo lo que mi febril pasión hubo por tantos años de anhelar. El lazo y comunión de dos espíritus que, después de un agonizante tiempo de extravío, finalmente se volverían a encontrar, y que como uno solo pasarían a cohabitar. Con las manos temblorosas levanto el velo y, ¡Dios mío!, ¡qué sublime visión! Mi âme sœur, mi Arabella, la náyade cuya hermosura supera incluso la de la mismísima Helena. Fuertes exclamaciones emanan del público. Una miriada de murmullos llena la instancia, a la vez que algunos de los presentes enmudecen completamente y observan con la boca abierta la immaculada belleza que se roba el espectáculo.

La novia, con sus cabellos primorosamente trenzados y adornados con margaritas, amapolas y narcisos, mantenía sus párpados plácidamente cerrados, como absorta en dulces ensoñaciones. Su tumefacto rostro, algo más opaco que hace unos días, hacía un precioso contraste con su tierno pecho color jazmín, levemente descubierto por un escote cuadrado delineado por perlas de río, manchado por los oscuros fluidos que coquetamente se purgaban de su nariz y sus labios. Las oscuras ramificaciones que se extendían por su cuello y sus manos mostraban un artístico parecido con las enredaderas de los jardines contiguos al salón. El vestido que yo, contra toda tradición, había ceñido y arreglado para su cuerpo cada vez más voluminoso, se ornamentaba con finos ribetes dorados y unos pequeños bordados de flores a lo largo de las faldas y

el corpiño. ¡Qué elegancia la de su figura!, ¡Qué pureza la de su rostro! Qué fortuna la de este bienhadado hombre, que jamás volvería a conocer el dolor ni la tristeza. Acaricio entonces sus cadavéricas mejillas y beso tiernamente sus fríos labios para sellar para siempre esta divina unión.

Cuentan las escrituras que cuando Saulo iba camino a Damasco perdió la vista durante tres días cuando fue rodeado por un repentino resplandor de luz que cayó del cielo. Ciertamente, la visión de una aparición divina ciega o enloquece a los impíos cuyos ojos no están labrados para soportar la grandeza de dicha manifestación. El obispo, encandilado por aquél esplendor para el cual no estaba preparado, se desvaneció y chocó estrepitosamente contra los escalones. Una gran parte de la multitud se aglomeraba apresuradamente para salir por las puertas, derribando a su paso a mi Venus de mármol y unos cuantos jarrones. Algunos de los distinguidos señores presentes expulsaban violenta y espasmódicamente sobre el suelo y sus ropajes los contenidos gástricos que no lograron retener, tropezando con ellos todo desafortunado que se cruzara en su trayectoria. Otros, desorientados y disociados por la realidad que se les presentaba, se mantenían inmóviles sobre sus asientos, en un trance seducido por una admiración platónica hacia mi nueva mujer.

Ha llegado la noche y finalmente nos hemos quedado solos, ella y yo. No queda ya ningún invitado, músico ni

serviente que pudiera interrumpir este dulce momento. Tomo, entonces, sus ensortijadas manos y con fuerza la levanto, para bailar juntos un vals al ritmo de las trompetas de los ángeles que nos acompañan. Paso a paso la arrastro, como danzando sobre las nubes de los Campos Eliseos. Su hiperbólico cuerpo, rebosando de alegría y deseo, expulsa grácilmente unos fragantes gases por todos sus orificios, dignificándome con una armónica sinfonía de sonidos, mientras que vehementemente excretan sabrosos fluidos que empapan nuestros cuerpos enlazados. No sé cuántas horas habrían de pasar, pero ni el cansancio ni la pesadez de mis extremidades lograrían impedir nuestro animado danzar.

Llegados ya los primeros signos del amanecer, me dejo caer suavemente en el resbaloso piso, cayendo a su vez todo el peso de mi amada sobre mí. Las sedosas telas de su vestido se desgarran y las hinchadas ampollas de su piel estallan, impregnándome con su líquida dulzura. Embelesado y preso de un absoluto fervor, admiro lleno de lágrimas la expresión de cariño de mi adorada. Después de unos momentos, comienza a percibirce un sutil movimiento en sus párpados y labios, que se estremecen como si quisiesen comunicarme algo. Repentinamente, una horda de larvas y gusanos sale expulsada de sus cavidades oculares y su boca, su nariz y sus oídos. Los huevos de los insectos han terminado de germinar y bulliciosamente cubren su rostro, en una alegre alfombra llena de vida. Rápidamente se extienden por

su cuerpo y el mío, retorciéndose impetuosamente como un público que celebra la inmortalidad del amor. ¡Qué deleite y éxtasis el de mi espíritu! Con un ardor reflejo de nuestra pasión, devoran gozosamente nuestra carne y ligamentos, revistiendo y licuando nuestra materia para convertirnos en una sola masa. Un omnívoro regocijo me consume y me recuerda, una vez más, que somos poseedores de una voluntad que nunca muere. Al fin soy digno de mi adorada. ¡L'amour l'emporte!

Cuento

SEGUNDO LUGAR

“Por ningún motivo”

ROBERTO CANALES

Estudiante pregrado
Psicología
Facultad de Psicología

Richard Johnson era un hombre mayor. No viejo, pero sí mayor. Sin embargo, y a pesar de su edad, había logrado sobrevivir al Gran Debacle. Una tremenda hazaña, pensarán muchos de ustedes, pero a él no le bastaba con eso. No, señor. Johnson, o mejor conocido como Dick, era un aventurero sin remedio; y como buen aventurero sin remedio, no podía permitirse el lujo de estar tranquilo. Su pasión era deambular por el nuevo y peligroso mundo, recopilando todo tipo de sucesos para empezar a escribir su gran libro de historia. Y aquí ustedes se preguntarán: ¿acaso la gente leía en esos años tan desquiciados? Y era probable que no, pero a Dick parecía no importarle. Él no escribía para el presente. Él escribía para inmortalizarse.

Alguien tenía que hacerlo. Alguien tenía que encargarse de dejar registro de todo lo que había pasado en ese momento tan oscuro. En el futuro los arqueólogos se preguntarían qué diablos pasó en el año 2019 y agradecerían eternamente a la persona que dejó por escrito todo lo ocurrido desde el día del desmoronamiento. Y esa persona sería Dick: el Homero de los nuevos tiempos.

Al ser casi el único humano cuerdo que se desplazaba por gusto entre los poblados, Dick había ganado cierto nivel de fama en muchas partes del Nuevo Mundo; y aunque solo habían pasado unos años desde el Gran Debacle, ya corrían ciertos rumores relativos a su identidad. Rumores que, dadas las circunstancias, no

parecían tan imposibles a ojos de los sobrevivientes. Quizá a ustedes les parezca fantasioso, pero para las personas que vivieron esos tiempos eran totalmente admisibles. Unos decían que era un antiguo alquimista que había alcanzado la inmortalidad. Otros decían que era un mago benevolente que venía a resguardar a los indefensos. Y otros, un enviado de Dios que ofrecía el perdón a quienes anhelaban la salvación.

Cada teoría era más enigmática que la anterior, y él lo sabía. Cuando estos cuentos llegaron a sus oídos, Dick se entusiasmó mucho con la idea. Se encargó de alimentar esas creencias tomando un perfil misterioso y hablando en metáforas. Llegaba y desaparecía sin previo aviso, y confeccionó un bastón que aparentaba ser un báculo sagrado. **Todos esos pequeños detalles le fueron dando el carácter tan inescrutable que hoy en día se le atribuye.**

No obstante, siempre que llegaba a algún lugar pasaba lo mismo: alguien lo reconocía y le pedía que contara una de sus sorprendentes anécdotas en la posada local. Pese a que muchos lo veían como quien ve a un personaje mitológico, otros simplemente entendían que se trataba de un trovador moderno que venía a entretener.

La vida era dura, sobre todo en aquellas localidades que todavía eran lideradas por grupos militares. Sabiendo esto, nuestro querido amigo se conformaba

con recibir comida y techo a cambio de unas cuantas historias para divertir a los oyentes.

Isaac, el anfitrión de la única posada de Seler, era un sujeto delgado y con una calva incipiente. Hacía varias semanas que no tenía una buena noche en su hospedaje, por lo que no había generado suficientes ingresos para pagar sus impuestos a la gobernación. Los soldados le habían dicho que si eso seguía así, tendrían que clausurar el lugar. Y además de todo eso, también vendría el exilio, algo que nadie quería sufrir. Sin embargo, ese día, al posadero se le presentaba una gran oportunidad para revertir su situación: Dick el cronista había arribado. Y como Isaac solo concebía a Johnson como un trovador cualquiera, se le acercó humildemente y le pidió que por favor contara algo para los huéspedes de esa noche, aunque hubiese ocurrido hace tiempo. Seler era uno de esos pueblos en los que no pasaba mucho, y hasta el chisme más antiguo resultaba novedoso.

Ese día, Dick llevaba consigo un antiguo folleto que se usó de publicidad cuando comenzaron a evacuarse las zonas de cuarentena de las ciudades más importantes. El título del papel rezaba: **Encuentro con un infectado: qué hacer en caso de hallarse cara a cara con uno de estos monstruos.**

Sabiendo que a esa localidad no le quedaba mucho tiempo, y habiendo visto a tantas fortalezas caer, el

cronista pensó que sería una buena idea darles un consejo a los desvalidos selerinos. Después de todo, muy pronto se verían obligados a salir de ese lugar y emprender rumbo a otros sitios. Todos sabían que vivir en el exterior no era una opción recomendable.

Mientras la posada empezaba a llenarse, Dick apartó una silla y tomó asiento sobre una plataforma ubicada al fondo del vestíbulo. No era un espacio muy grande, pero alcanzaban a entrar unas veinticinco personas. Cuando Isaac se le acercaba con una gran jarra de cerveza, abrió su abultada mochila y sacó el folleto. Tomó la jarra y le dio un largo y apresurado sorbo, como alguien que ha pasado muchos días sin nada que beber. Mientras lo hacía, notó que algunos residentes lo miraban con asombro. Se escuchaba un leve murmullo, pero la mayoría lo observaba con un silencio especial, como el que precede al trueno en una tormenta de verano. Sonrió. Le gustaba ser el centro de atención. Le gustaba el ambiente que generaba su presencia. Y a pesar de que nunca lo admitía, le gustaba ese nuevo mundo que le permitía ser así.

Cogió el folleto, lo miró detenidamente por unos instantes, y entonces empezó: —Esta es la historia de un hombre que no terminó muy bien —los oyentes se lanzaron algunas miradas—. Quiero que presten toda la atención que puedan, pues este relato trae una moraleja muy importante, una moraleja que podría llegar a salvarles el pellejo.

»Como es una historia terrible, mantendré en secreto el verdadero nombre de su protagonista. Así que, esperando que nadie lo haya conocido realmente, supongamos que este hombre se llamaba Mark. Mark era un tip...

—¿Mark? ¿Mark Clinton? —lo interrumpió un hombre gordo que estaba sentado junto a la entrada principal—. Ese es el Mark que salió el año pasado a Ockham y nunca más regresó, ¿no?

—¡Sí, Mark Clinton! —respondió una mujer canosa—, ¡supe que unos caníbales lo atraparon en la entrada sur de la ciudad!

Los espectadores, turbados, comenzaron a murmurar. Dick, que solo se limitaba a mirarlos, dio un trago a su cerveza. No le molestaban esas reacciones. Era lo que él buscaba provocar. Cuando apoyó la jarra nuevamente sobre la mesa, el público enmudeció. No fue un ruido fuerte ni exagerado, pero bastó con ese casi indetectable impacto para que la gente se diera cuenta de la eminencia que tenían por delante. Sonrió amablemente y luego continuó:

—Supongamos, entonces, que se llamaba Glenn —y cuando vio al hombre gordo que abría la boca nuevamente para interrumpirlo, se apresuró en agregar—: Da igual. Su nombre no importa. Lo que importa es lo que lo que tuvo que vivir.

»Glenn era un tipo listo. O por lo menos él decía eso de sí mismo. Llevaba unos cuantos meses realizando trabajos como mensajero y, por lo mismo, a veces

debía cruzar grandes tramos para llegar a su objetivo. Los mensajeros recibían buena paga por razones obvias, pero debían ser hábiles en su labor.

»Glenn lo había sido hasta el momento. Quizá había tenido algo de suerte, pero no cabía duda de que se tomaba en serio su trabajo. Era un hombre robusto y siempre llevaba el cráneo rasurado. Había sobrevivido a una sanguinaria emboscada de saqueadores y eso le había conseguido labrarse una gran reputación. Ahora bien, si tuviera que nombrar una causa que detonó su trágico final, sería esa. A medida que iba ganando popularidad, su orgullo aumentaba proporcionalmente. Poco a poco comenzó a mostrar una actitud cada vez más arrogante, y no es que no lo fuera desde un comienzo, pero esto lo potenció. Las ganancias también empezaron a incrementar y llegó a catalogarse como el mensajero más prestigioso del Nuevo Mundo. Desgraciadamente, ese título le duró aún menos que su humildad.

»Como bien sabrán ustedes, las zonas de cuarentena de algunas ciudades cayeron rápidamente después de la llegada del virus. Solo unas pocas lograron resistir. Algunas se transformaron en grandes metrópolis donde los habitantes educan a sus hijos. Otras quedaron como enclaves estratégicos para el comercio e intercambio de recursos. Otras no corrieron tanta suerte y terminaron siendo dominadas por los peores sociópatas existentes. Hay un sinfín de categorías más, pero este relato nos lleva a otro tipo

de ciudad. Un tipo de ciudad que alberga los mayores secretos de la humanidad. Un tipo de ciudad que es dominada por un orden extremadamente hostil. Con esto me refiero a las ciudades abandonadas.

Algunos oyentes se estremecieron. El cronista hizo una pausa para ver a su público y todos lo miraban con los ojos bien abiertos. Ya no había señales que indicaran una eventual interrupción y la posada estaba hundida en el más absoluto silencio. Pese a que había por lo menos veinte personas, lo único que se escuchaba eran los chispazos que producía la leña de la chimenea al resquebrajarse por el fuego. Todos ahí sabían lo que era una ciudad abandonada. Uno no decía que tenía suerte de haber podido visitarlas. Uno decía que tenía suerte de nunca haber tenido que atravesarlas. Las ciudades abandonadas alojaban todo tipo de peligros, pero los más temidos eran los infectados.

Los infectados eran humanos que se hallaban, al menos, en la segunda fase del *Disavirus*. Eran físicamente horribles: depredadores innatos, completamente incapaces de razonar y muy violentos. Uno solo no significaba un gran problema, pero muchas veces se movían en manada, y cuando lo hacían, podían llegar a conformar verdaderas legiones. Sin embargo, el gran dilema era que no todos actuaban de la misma manera, así que si tropezabas con uno debías tomar muchas precauciones. Cuando se agrupaban era fácil distinguirlos porque sus características eran más o menos similares entre sí. Por ejemplo, existían unos que habían perdido

completamente la visión y en consecuencia todos sus otros sentidos se habían desarrollado casi a la perfección. Algo así como los topos (solo que los topos no se alimentaban de carne humana). Si lograbas identificar a uno de esos, era muy probable que sus acompañantes fuera de la misma especie. Por otra parte, cuando los infectados se desplazaban individualmente había que tener más cuidado. Debías observar detenidamente su apariencia y su conducta, y hasta que no supieras con qué podían salir, era mejor dar media vuelta y tomar otro camino. Un pequeño ruido podía alertar a otras variedades que estuvieran lo suficientemente cerca y hasta ahí llegaba tu suerte. Dick dio otro trago y continuó relatando:

—Glenn había sido contratado para enviar una carta desde la gobernación principal de Main Fort a Spelburg. Para los que no saben, eso podía equivaler a dos semanas para alguien que camina treinta kilómetros por día. Catorce días en la intemperie sobreviviendo al hambre, la sed y a otras posibles amenazas. Por supuesto que iba acompañado de su escopeta recortada, pero la suma de todos esos factores podían convertir unos días de excursión en un verdadero infierno.

»Como su travesía era principalmente por una zona tropical, le tocó muy mal tiempo: calor excesivamente húmedo en el día y tormentas con fuertes precipitaciones por la noche. Lentamente fue perdiendo la paciencia, y cuando llevaba casi diez días soportando todo eso, llegó a una bifurcación en la

carretera. El camino de izquierda estaba atiborrado de autos abandonados y el de la derecha estaba libre. »El sol le golpeaba justo desde arriba, así que se detuvo por unos instantes bajo un árbol del camino. Sacó un mapa de su mochila y cuando encontró su ubicación, notó que para llegar a su destino debía tomar el camino de la derecha. Ese tramo le supondría cinco días más de caminata, pero ya estaba hartado. El clima era un desastre y ya comenzaban a escasearle los recursos. Si seguía así, tendría que detenerse en algún pueblo de mala muerte en el que probablemente intentarían asaltarlo. Tenía todas las ganas de descargar su frustración lanzando un grito al cielo, pero sabía que no era una buena idea, así que, resignado, guardó el mapa y se puso en marcha.

»Mientras caminaba y refunfuñaba como un gorila enfurecido, miró nuevamente al camino de los autos. Se extendía largamente y luego se perdía en una cuesta. Sobre el camino había un cartel muy grande y oxidado que decía *"Bienvenidos a..."*, pero el nombre estaba rayado. Sacó rápidamente su mapa para estudiarlo otra vez y se le ocurrió una idea. Si trazaba una línea recta sobre el mapa, los cinco días de trayecto podían reducirse a uno solo. La única diferencia parecía estar en que debía tomar la vía de los autos. "Al diablo", pensó, "¿qué puede salir mal?". Y se desvió a la izquierda.

»Los autos se desplegaban en ambas pistas de la calzada, en dos filas interminables. Cientos de ellos.

Unos cuantos tenían cadáveres dentro. Adultos, niños e incluso mascotas. A juzgar por su aspecto, debían estar ahí desde el día del desmoronamiento: poco más de un año. Era una imagen triste y repulsiva. Eran muchos los escenarios que Glenn imaginaba para justificar porqué habían optado por morir en el encierro.

»Algunos vehículos tenían las ventanas rotas y marcas de arañazos en la cubierta. Otros habían sido saqueados y desarmados, exceptuando los que almacenaban a los muertos. El mensajero pensó que esos podían guardar interesantes posesiones y tal vez comida enlatada, pero cuando imaginó el hedor a descomposición que despedirían al abrirlos, prefirió seguir de largo. Subió la cuesta, y cuando por fin llegó a lo alto de ella, pudo ver a dónde se dirigía.

»Una gran ciudad con enormes edificios se extendía en un valle bajo sus pies. Solamente tenía que atravesarla. Esto podía parecer la peor idea que un ser humano podía tener. Las ciudades despobladas eran el Infierno en la Tierra, pero Glenn no le dio mayor importancia. Ni siquiera reparó en ello. Y no por valentía o heroísmo. En esos tiempos todavía no corría ningún rumor sobre las ciudades abandonadas, y al parecer era la primera vez que nuestro amigo se adentraba en una de ellas.

»Indiferente con la idea, siguió su camino. En su mente se alojaba un único pensamiento: "Si consigo hacer

esta entrega en once días, todo el mundo hablará de mí". Caminaba con entusiasmo. Ni siquiera había desenfundado la escopeta. No tenía por qué. En ese momento no tenía ni la más mínima chance de cómo saberlo, pero esa primera vez se convertiría también en la última.

»Eran más o menos las cuatro de la tarde cuando penetró en el núcleo ciudadano. El panorama era silencioso y vacío. El asfalto se había resquebrajado y la hierba había crecido con ímpetu a través de las grietas. Las raíces de los árboles también habían penetrado en algunas calles y veredas. Algunos edificios se habían deteriorado con el paso del tiempo, y había uno que tenía una gran abertura en un costado, como si un gigante le hubiese arrancado un trozo con la mano. Algunas aves revoloteaban por los aires, pero no se escuchaba nada más. Era una ciudad verdaderamente muerta.

»A medida que avanzaba, una sensación muy extraña crecía en su interior. No era fácil describirla, pero se parecía un poco a la nostalgia. Se sentía raro al caminar por un lugar así. Nadie, ni siquiera un alma deambulaba por las calles.

¿Por qué? ¿Por qué no había nadie? Entendía que no hubiera tropezado con civiles, pero ¿qué pasaba con los militares? ¿No debían resguardar algún perímetro?

»Poco a poco, como quien despierta de un sueño

profundo, comenzó a percibir otra sensación. Primero intentó desatenderla, pero con cada paso que daba se hacía más tangible, hasta que ya no pudo más. Se trataba de una sensación negativa que ahora sí sabía cómo definir: era un presentimiento. Un presentimiento de que algo andaba mal. Algo le decía que no debía estar ahí. Pero, ¿por qué? ¿Qué significaba todo eso? ¿Era normal sentirse así? Estaba empezando a formular su teoría cuando algo lo distrajo.

Dick tomó el folleto y lo levantó para que todos lo vieran. Era un panfleto de color blanco y anaranjado, algo que seguramente muchos de los espectadores habían visto antiguamente. Luego continuó:

—Llevaba más de cinco minutos caminado sobre decenas de estas impresiones. Se agachó y recogió una. El título decía: "Encuentro con un infectado: qué hacer en caso de hallarse cara a cara con uno de estos monstruos". Incluyó un poco la cabeza. En ninguna parte se mencionaba la autoría, pero no creyó que fuera del gobierno. Era un texto breve. No le tomaría mucho tiempo. Se encogió de hombros y se puso a leerlo. Así podría abstraerse de su malestar.

»1. **Deshumanizados.** Lo primero que hay que entender es que estos seres ya no son humanos y no tienen vuelta atrás. No importa que se trate de tu hermano, madre o hija. Dejaron de serlo hace mucho. No intentes nada con ellos.

»2. **No Más Mascarillas.** Las mascarillas de papel ya no sirven. Los infectados en estadio secundario transmiten el virus a través de mordidas. Si te muerden, considera un máximo cinco horas antes de convertirte en uno de ellos.

»3. **Harakiri.** Tal como hacían los guerreros samurái, conviene mucho más morir con honor. Si te muerden, no permitas una conversión: acaba con tu vida lo antes posible. Le harás un gran favor a la sociedad.

»Glenn arrugó la frente. Definitivamente no era del gobierno.

»4. **Alerta.** Si no te han visto, muévete con sigilo. No hagas mucho ruido. Están en constante estado de alerta. Recuerda que son extremadamente violentos y veloces.

»5. **Por ningún motivo.** En relación al punto anterior. Si cuentas con un arma de fuego, por ningún motiv...

»Un rugido lo interrumpió. Glenn levantó la vista e inmediatamente lo vio. Venía corriendo directamente hacia él. Se movía torpemente pero su propósito era claro. Era un hombre adulto, o por lo menos lo había sido. Llevaba un uniforme militar a maltraer y era bastante rápido. Sus ojos enrojecidos, su rostro pálido y lleno de ira. Pero lo peor eran los gritos: lamentos guturales cargados de furia y de dolor.

»El mensajero no lo pensó mucho tiempo. Si lo hubiera pensado un poco más, puede que las cosas hubieran tomado otro rumbo. O también puede que no. Es muy fácil afirmar algo así sin haber estado ahí.

»Cuando el infectado se hallaba a unos siete metros de su presa, Glenn desenfundó rápidamente su pequeña escopeta de doble cañón y disparó una sola vez. Los proyectiles evaporaron completamente la cabeza del enemigo, convirtiéndola en una masa de sangre y sesos.

»El eco de la descarga retumbó por todos los edificios como si hubiese sido un bombazo. Bandadas de aves se elevaron por los aires, graznando y huyendo del lugar. Seguidamente reinó el silencio.

»Glenn miró el cadáver de su adversario por unos instantes. Transcurrieron algunos minutos, pero el corazón le seguía latiendo con fuerza y varias gotas de sudor le resbalaban por la frente. Metió la escopeta nuevamente en la funda que tenía amarrada a la cintura y se dio cuenta de que aún sujetaba el folleto en la mano. Lo había arrugado levemente, pero todavía era legible. Fuera por los nervios o para despejar su mente con otra cosa, se puso a leer el último punto de la guía.

»5. **Por ningún motivo.** En relación al punto anterior. Si cuentas con un arma de fuego, por ningún motivo

dispares. Eso solamente atraerá a los demás. Si puedes correr, corre; si puedes pelear, pelea; pero **no dispares**. Si lo haces, los otros no tardarán en llegar.

»Glenn miró al horizonte y soltó una carcajada. El sol caía rápidamente así que decidió reanudar su travesía. No tenía tiempo para creer en tonterías como esas. Arrugó el papel y lo arrojó sobre la sangre que del infectado que había empezado a acumularse.

»Había dado veinte pasos cuando escucho un vidrio romperse. Giró la cabeza y vio que otro de esos monstruos había salido al encuentro. Había atravesado el ventanal de una tienda, pero se incorporaba rápidamente. Cuando terminó de levantarse, sus ojos se toparon con los de Glenn, y entonces lanzó un estruendoso alarido al cielo. Al mensajero se le erizaron los vellos de la nuca, pero empuñó su escopeta sin vacilaciones. Estaba esperando la carrera maratónica de su contrincante, pero este no se movió. Solo lo miraba a la distancia. De pronto, otro alarido se escuchó en las cercanías. Y luego, otro más. Glenn comprendió que se estaban comunicando.

»De las zonas más oscuras de los edificios empezaron a emerger, como decenas de hormigas que salen de sus cuevas. Emitían aullidos y gruñidos guturales. Se movían con precaución, pero ya habían identificado a su objetivo. Era como ver una gran manada de lobos acechando a un búfalo. Se acercaban lentamente,

rodeándolo y acorralándolo. Aunque hubiera querido correr, el mensajero no hubiera durado mucho más. Seguramente muchos de esos monstruos lo esperaban en el camino.

»Disparó a uno con el fin de ahuyentar a los demás, pero ni siquiera se inmutaron. Entonces, cuando estaban tan cerca que podía sentir su hedor, recordó el tercer punto del folleto. "No permitiré que estos cerdos me devoren vivo".

»Situó los cañones de la escopeta al interior de su boca, cerró los ojos y apretó el gatillo. Nada. Apretó otra vez. Y otra, pero solamente escuchaba el *click* que indicaba que su arma estaba descargada. Entonces lo entendió. Levantó la vista y se dio cuenta de que era el fin. En sus últimos segundos, solo alcanzó soltar un grito desgarrador mientras veía a decenas de ojos hambrientos abalanzándose sobre él.

»Solamente se encontraron sus pertenencias y la carta, que estaba intacta.

Dick dio un largo trago a su cerveza hasta terminarla. El público estaba mudo. Isaac lo miraba boquiabierto. Como nadie hacía nada, el cronista suspiró y luego agregó:

—Aléjense de las ciudades abandonadas. Créanme. Si alguna vez salen de Seler, una ciudad de ese tipo es el último lugar al que quieren ir a parar. Búsquense

otro sitio. Existen muchas localidades que los recibirán con gusto.

Pasaron unos segundos hasta que alguien aplaudió. Muy despacio, las demás personas empezaron a despertar de su letargo, sumándose también a los aplausos. Dick guardó todos sus utensilios en la mochila y entre los vítores hizo una humilde reverencia. Mientras la gente comenzaba a retirarse del local, Dick se le acercó al posadero para informarle que estaba muy cansado y que necesitaba irse a dormir. Isaac le agradeció y le dijo que estaba en todo su derecho, y después le señaló su habitación.

A la mañana siguiente, Isaac se llevó una agradable sorpresa cuando terminó de contar las ganancias. Había tenido una muy buena noche entre ventas de alimentos y bebida. Con ese dinero le alcanzaba para pagar los impuestos de ese año y seguramente de otro más.

Esperó pacientemente para que Dick saliera de su cuarto con el fin de entregarle recursos para el camino, pero el historiador todavía no despertaba. La puerta del dormitorio estaba cerrada, y Isaac creyó que sería de muy mala educación despertarlo solamente para darle las gracias, así que decidió continuar con la espera. Richard Johnson era un hombre que se la pasaba viajando, así que seguramente estaba cansado.

Comenzó a pasar el día, pero no había señales de Dick. Cuando dieron las cuatro de la tarde, el posadero, bastante preocupado, intuyó que lo mejor sería abrir la puerta para ver si estaba bien. Isaac sabía que el historiador era un hombre mayor. No viejo, pero sí mayor, y temía que su salud pudiera estar deteriorándose.

Cuando entró a la habitación, quedó estupefacto. Estaba completamente despejada. No había ni el menor indicio de que alguien hubiese dormido ahí. La cama estaba perfectamente estirada y la ventana tenía el seguro puesto. El posadero estaba atónito, pero no tardó en entender.

Dick era un hombre que se tomaba muy en serio su papel.

Cuento

.....

TERCER LUGAR

“Quarentine”

DIEGO BUSTOS PÉREZ

Estudiante postgrado
Medicina
Facultad de Medicina

“THIS IS IT!” “THIS IS THE END OF IT!” I screamed in this god-forsaken apartment. Immediately following my outburst, there were three strong but hollow noises on my wall: “**BAM BAM BAM**” someone knocked...

-“Would you stop the Goddamn yelling?!” - said a deep manly voice.

That was Mike, my next-door neighbor. I first saw him in the laundry room. He was about 160 cm, had an enormous belly, and was balding. He was wearing a dorky superhero facemask and had some black and white hairs popping out of it. He probably had a ridiculous mustache hiding under it. You could picture him as a lousy Santa Claus actor at a budget mall. I also remember a dirt stain on the left pocket of his shirt and an untied left shoe. He disgusted me to the point I couldn't make eye contact with him.

This had been a long time coming. What a horrible scenario I found myself in. My life was over. “EVERYTHING IS OVER!” – I yelled against a pillow, I knew that I must keep quiet or the bald man with the dirt stain on his shirt would hit the wall again. I was nervous, restless, and anxious. I started laughing out of nowhere. I've been doing that the past few months, no matter what I did. My psychiatrist called it a tic disorder, but I called it a curse. My mother paid for 10 sessions with her, but I only did six. They never worked; it was as if my brain froze every time we spoke. I just couldn't

stop thinking about Mike's dirt stain on his shirt and that untied left shoe. I didn't trust my therapist either. There was something about the way she looked at me through the webcam that was unsettling. I never told her about Mike, but I think she knew...She knew that I wanted to break inside his apartment and burn his dirty clothes. Perhaps even burn him until he was nothing but ash. She also was a “filthy one” as I call them. Her annoying glasses were always dirty on the left side. THE LEFT SIDE! It was not only annoying but truly exasperating, OUTRAGEOUS, UNACCEPTABLE. – The memory itself made me nauseous. How could I trust a filthy one, she was exactly like Mike! She wanted me to leave the apartment as the quarantine was ending, “To socialize, recover my life”. She spoke. But how could I? Just the thought of mingling with other unclean people made me want to scream. But it seemed I had no choice.

I wanted to cry but I knew I couldn't make a sound. I yelled inside my head as hard as I could. My hands formed fists so tight that my nails dug into my skin. I gritted my teeth so hard you could hear them grinding. My face was red and felt as if it was next to implode, and I closed my eyes as if light could never reach them again. But despite my efforts, I heard the reminder that I wasn't alone: “**BAM BAM BAM**”.

– “Quit it already blondie or I am going to come over there!”.

I panicked. Were my thoughts so loud that Mike could hear them? If so, did he know I wanted to burn his shirts, his left un-tied shoe, his apartment, and even his body? I felt trapped, I couldn't talk, I couldn't think, I COULDN'T BREATHE. It was suffocating. My heart was racing. It felt like I was dying. I was out of whiskey that used to calm me down. The only thing left; was the mysterious yellow pill the dirty glass lady gave me. My last resort. Before I took it, I thought: “*Was she able to listen to my thoughts as well?*”.

Pill time – My heart went into hibernation. My breathing stopped. I felt cold. The infinite thoughts that were leading me to the verge of madness abruptly disappeared. If this meant I was dying, I probably wouldn't care at all. If this pill was poison, at least my executioner was merciful.

It took me some time to recover. I was probably laying down on the floor for hours. I was disoriented. My curtains were always closed so I could never really tell the time of the day.

The whole apartment felt empty...or perhaps, I was the empty one. The pill was like a remote control that muted the thoughts in my head. I rested sure that no neighbor or psychiatrist could hear them now. I was safe, for now. Even the memory of that un-tied shoe didn't bother me much. After all, the only one that I could trust was Charlotte.

"Psss, Psss" I whispered. "Hello, Charlotte! How are you doing sweetie, say hi to mommy".

Charlotte was an elegant Siamese cat with big bright blue eyes and a red ribbon around her neck. Extremely clean and distrustful. My kind of cat. One could say she even had airs of grandeur, like those cats who were worshiped by Egyptians. As I woke her, she slowly opened her eyes, brightening the whole space with her glance. She stretched, gave me a pedantic look, and said with an English accent:

"I beg your pardon miss! But I believe I was separated from my mother when I was a kitten".

I panicked and jumped backward, fell, and even hit my head in surprise. "Charlotte...Charlotte is speaking". I almost yelled again but I clapped my hand over my mouth, still, it was inevitable. When Charlotte asked me if I was okay, I busted into laughter again:

I laughed so hard that the knocking returned: "**BAM BAM BAM BAM**". This time Mike knocked the wall 4 times, stronger than before, and continued with a menacing: "You are going to regret the day you were born!".

The threat of Mike was nothing in the face of the talking cat crisis. I put my face in my hands and started mumbling: "What is happening to me?" "How

is Charlotte speaking?". As I spoke, she approached me and said:

"Oh, my dear, I am just a cat! However, it is obvious that you finally lost it! Why else would you be talking to me?".

I was speechless, All I could do was sit down next to Charlotte and start petting her.

"It's been a year since you've been outside this building. Just a thought but perhaps you should get out as soon as possible. That Mike fellow doesn't seem so nice either. You are running out of time." Her words turned the blood in my veins to ice.

Easier said than done. The mere thought of crossing that threshold triggered me again. That feeling was as if my head was made of ice. My tongue felt numb. I was drenched in a cold sweat. My heart started racing again, It was as if it wanted to get out of my body, RUN AWAY. But I just stood there, in front of my door, I could feel Charlotte watching me behind my back while licking her paw, indifferent to my fate. I put my face mask on. My hands were trembling and sweaty. I put my hand on the doorknob and slowly opened it with my eyes closed...

Running - I ran through the doorway, the dark hall. I flew down 2 floors and finally reached the outside of

the building. It was freezing, I had forgotten my coat in the process to escape. Still, I was there, alive and among other people in the street! An old man passed me by and said "Hello". I probably was still under the effects of the pill I took because the oil stain on his trousers didn't bother me. It felt like I could tolerate the filthy ones. Perhaps it wasn't too late for me. Perhaps I wasn't crazy after all. Charlotte was wrong! I had to prove her wrong!.

As I walked down the street, I approached a newspaper stand. There I saw some disturbing but hopeful news:

-REPORTS OF PEOPLE TALKING WITH CATS FOUND TO BE A TEMPORARY SIDE EFFECT OF THE COVID VACCINE-

"Could it be?" As soon as I read it, I started running toward my apartment with a smile. "I must tell Charlotte; I must tell her I wasn't crazy after all." Once inside, the hall seemed more illuminated than before. The colors seemed brighter. But I quickly realized something was off... My feelings started to change as I got closer and closer to my floor. The anxiety hit again. The sweating. The shortness of breath. And the memory of that damned un-tied shoe. Like a drum, the sound of someone knocking the wall felt stronger the closer I got. "**BAM BAM BAM BAM BAM BAM**" It didn't stop, it just got stronger. LOUDER. As if they were knocking directly into my head. That's when I

opened my door and laughed...I remembered that I **had never owned a cat.**

I fell to my knees with this awful realization. The knocking stopped, and a man dressed in a white uniform came. He was about 160 cm, had an enormous belly, and was balding. His name was on a front shirt pocket with a dirt stain. It read: "**Nurse Mike**". He gave me a malicious smile while holding a huge syringe in his hand. "I've been warning you all day Miss Charlotte, you just wouldn't listen. Doctor's orders!" As he spoke, he stabbed me with the needle.

But everything was okay. As I started to get drowsy, I laughed with satisfaction as the scent of fire started to fill the whole room. It would all be ash soon.

Poesía

.....

PRIMER LUGAR

“Ir y no volver”

JOAQUÍN DÍAZ

Estudiante pregrado
Periodismo
Facultad de Comunicaciones

El alba aparece
ves rostros, siluetas desconocidas
el momento dura lo que las puertas se abran
Y se esfumen rápido como el sueño al sentir el reloj.
Te preparaste desde temprano
celular cargado, computador en la mochila, la ropa planchada y doblada
y tus ojos no abrieron antes pues faltaba el paso más difícil (¿cerrarlos, o abrirlos?)

La inmensidad del paisaje te inunda, y navegas entre océanos verdes
siendo cual Jonás devorado por uno de los grandes peces rojos
que suele engullir al cardumen que espera su turno.

La diferencia se hace evidente, pero ya lo has sentido antes.
Nada es tan complicado, nada es tan grave, esto es lo que esperaste tanto tiempo
¿O no es así?

El sol aún no golpea, pero la luna tampoco reconforta.
Llegas a tu destino, y te das cuenta de que aquel garabato,
sí, ese que está en blanco y negro, que brilla al máximo
pasa a ser tu nuevo rostro.
pero de un momento a otro oscurece, y te ves a ti
o lo que hasta hace cinco minutos creías que eras tú.

El laberinto espera, pero ya no hay doncella, mucho menos minotauro.
La fauna endémica no es más que pieles y colores molestos
rayas y manchas inofensivas.
No hay razón para volverse héroe, pero quizás sea esto
lo que te hace anhelarlo más que nada.

Deberías saber donde ir, tener el mapa grabado en tu cabeza
Recordar algo que nunca existió
Algo así como una serendipia con causalidad
que en el fondo renuncia a si misma
con el fin de llegar a su destino,
esto suena conocido, o no?

Los alfabéticos titanes grises, no hacen más que confundirte
Desearías ser un pájaro, o quizás algo tan minúsculo, como una mosca
Hasta ellas tienen alas, y no necesitaron de la soberbia cera
¿Pero para que querer esto? Para verlo todo, o al menos
Hacia donde aterrizar.

Por el azar, expresado en otra traducción
como esa burlesca ayuda que ofrece el ciudadano
cuando el extranjero le pregunta una idiotez,
logras cumplir tu objetivo.
Tratas de disimular las gotas que atraviesan tu frente,
pues cuando posees la mitad del rostro descubierto estas parecen las
lluvias invernales del Gran Santiago
colapsando la metrópolis de tu semblante.

Intentas no meter mucho ruido, pero la agitada respiración lo impide.
Ni hablar de acomodarse ni correr las sillas
aquí no debes hacer ruido
aquí no puedes apagar el micrófono.
Ahora el tiempo pasa rápido,
y los ojos de profesor modulan
las palabras que la tela encierra.

Es momento de irse, nada ha sido tan terrible
tampoco tan glorioso
pero luego de tiempos de tantas derrotas
un día normal es un triunfo.
La quietud y el silencio reconfortan.
Y es que a veces que no pase nada
es lo mejor que puede pasar.

Poesía

.....

SEGUNDO LUGAR

“Soledad”

MARÍA EUGENIA WURTH

Colaboradora
Facultad de Medicina

Soledad eterna,
te llevo en mi bolsillo,
de esta chaqueta popular
y sin destino.

Te llevo sin saber,
en la solapa
del futuro,
pequeña soledad.

En medio del desfile,
la humedad presente.
Todos gritan,
consignas de agrupación.

¡No te muevas!
Si nos descubren,
muero.

Poesía

TERCER LUGAR

“Gritemos en la orquesta urbana”

DANILO CABRERA

Estudiante pregrado

Arquitectura

Facultad de Arquitectura y Arte

Tengo hilos de pena cocidos en cada párpado
decía no querer ver ninguna curva metálica
pero de heridas tenía más de dos
y la vida se volvería cada vez más sádica.

Otro domingo de ansiedad
no nos detendrá
cuando encontremos una luz entrando
sabremos cuando escapar y encontrar.
Saber dónde pisar y dónde mirar.

El mundo que creamos al ver un rostro ajeno
nos enamora del espacio que nos rodea
pero nos quedamos cortos de voz
provocando una cuna de libre dolor
sin soporte, pero soportable.

Sueño con describir un mundo donde las palabras bailan con el espacio
sentir a la orquesta urbana gritando con más pasión cuando la gente se presenta
que la duda sobre lo que sentimos y vemos nos abrume en cada paso
siendo nuestros sentimientos los que a la ciudad enfrenta.

Que una gota de otoño nos despierte
que ningún clima pueda detenerte
sentir esa mínima sensación que cambia como vemos
nos hará recordar lo simples y complejos que somos

Expresa y presenta
lo que quieras demostrar
lo que sientes y quieras contar comprendamos la frase “la vida es bella”
traza una línea y cuéntame el mundo que puedes apreciar.

Habitamos en una constante lucha con el entorno
pero nos apaciguamos al ver que somos parte de él.
sin saber que dentro de lo iracundo
portamos la voz de un poblador del mundo.

Pisemos sin miedo al caminar
salir y simplemente encontrar.
Que nuestra delicadeza rompa en llanto por no poder mostrarse
y que el anhelo de dar un paso adelante
sea más grande que la incertidumbre sobre donde iremos a pisar.

Dibujo

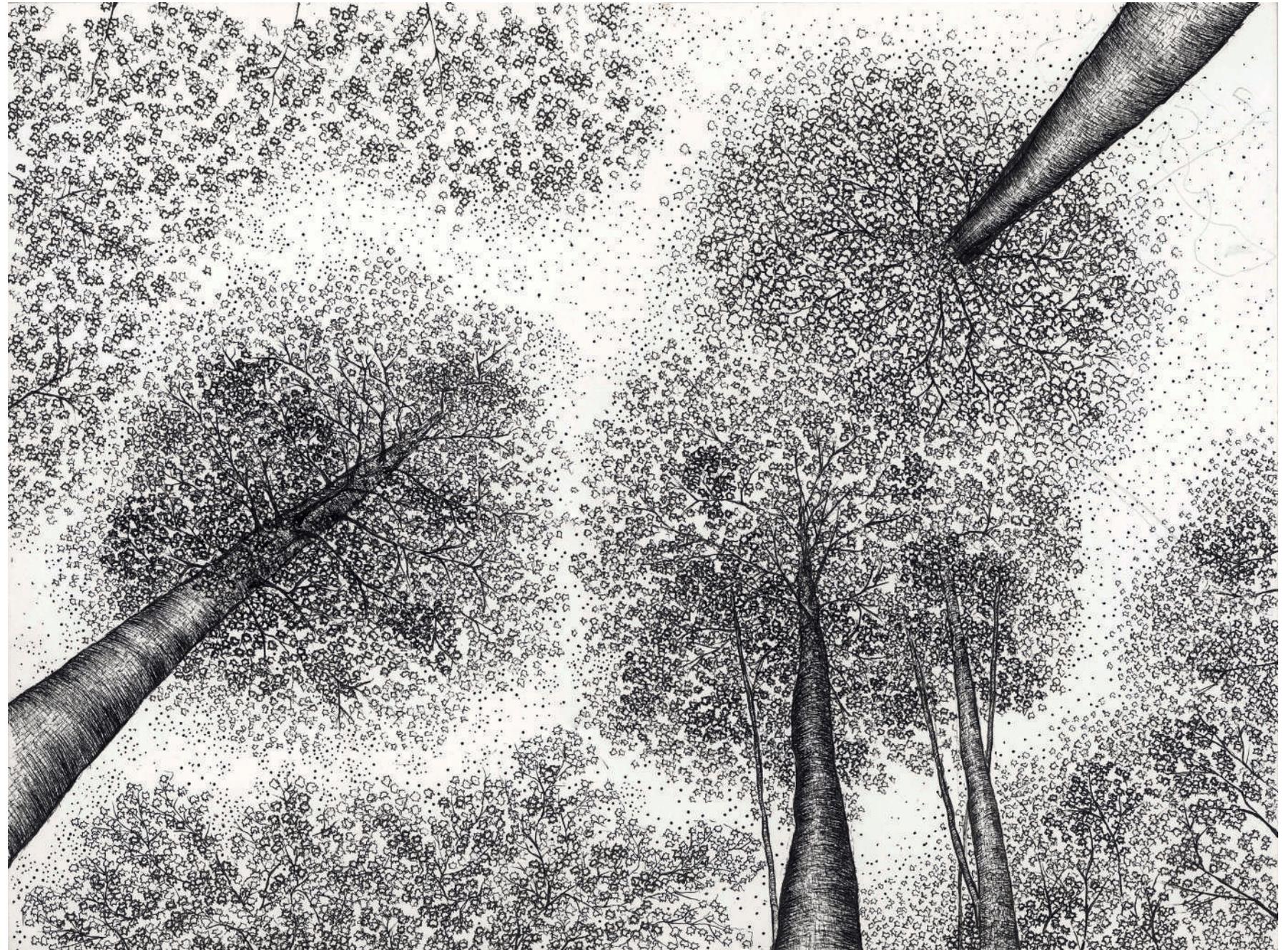
.....

PRIMER LUGAR

“Sobre nosotros”

CATALINA FISCHER

Ayudante Arquitectura
Facultad de Arquitectura



.....
SEGUNDO LUGAR



“Futuro cercano”

MARÍA BELÉN FERREIRA
Estudiante pregrado
Diseño de Interacción
Facultad de Diseño

.....
TERCER LUGAR



“G”

HELLEN QUIÑONES
Estudiante pregrado
Ingeniería Industrial
Facultad de Ingeniería

Fotografía

.....

PRIMER LUGAR



“Niebla”

ASTRID VALENZUELA

Docente Medicina
Facultad de Medicina

.....

SEGUNDO LUGAR



“Reencuentro”

BENJAMÍN VILLELA
Estudiante pregrado
Derecho
Facultad de Derecho

.....

TERCER LUGAR



“(Re) Encuentro con los vestigios”

CAROLINA ARROS
Docente Arquitectura
Facultad de Arquitectura y Arte

Menciones Honrosas

.....
MÚSICA

“Vuelta a la vida”

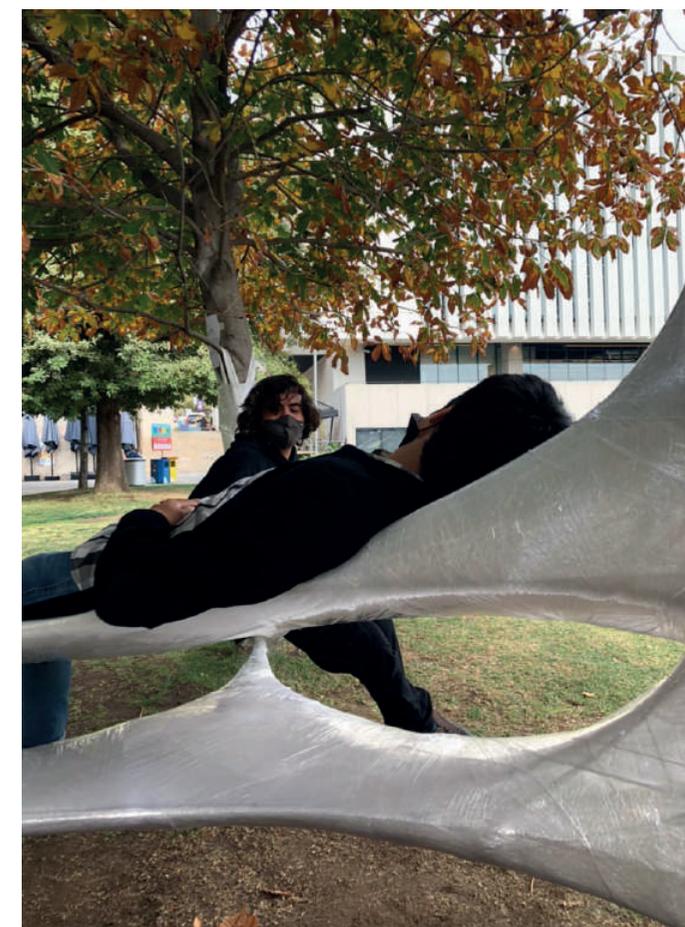
KEVIN LIU CHEN

Estudiante de Medicina
Facultad de Medicina



.....
INSTALACIÓN
*“Telaraña
Urbana”*

ROMINA BRUSADELLI A.
Estudiante de Arquitectura
Facultad de Arquitectura y Arte



.....
CÓMIC

“Flautista de estrellas”

SOHAD HODALI

Estudiante postgrado
Arquitectura
Facultad de Arquitectura y Arte



.....
FOTOGRAFÍA

“Abracemos los pasillos”

CONSTANZA GUERÉN

Estudiante pregrado
Psicología
Facultad de Psicología

.....

DIBUJO

*“Junta”***CRISTIÁN DULANTO**

Estudiante pregrado
Bachillerato Ingeniería Comercial
Facultad de Economía y Negocios



.....

POESÍA

*“Después de tantos días”***MARÍA CRISTINA SILVA**

Colaboradora
Unidad de Apoyo Docente
Facultad de Comunicaciones

Que se pone la de cuero,
que se viste más casual.
Se maquilla muy discreta
o así no más, al natural.

Si se sienta adelante,
o se queda bien atrás.
Toma nota con cuaderno,
¿o en el Ipad, más normal?

Que lo mira fijamente
o lo ignora de frentón.
Otra opción es de reajo...
Esa cuesta un montón.

Ya es hora de dormirse
que mañana es el gran día.
Tantas noches esperando,
muchos planes, fantasías.

Trata y trata y no lo logra,
por más que se lo proponga.
Cuenta ovejas, otra vuelta...
Ya! que nada se interponga.
Ha llegado ya el gran día,
ay, por Dios que lo esperaba.
Cosa loca, no probable,
calma reina en nuestra dama.

Tanta gente, tantas flores,
tanta luz y mariposas.
Avanza lento, va seguro,
nada para a esta rosa.

Y de pronto ahí lo ve,
entre todos él se impone.
Aun mejor que en sus recuerdos,
grande y fuerte como un roble.

Y se para a abrazarla,
todo todo se detiene.
Chao clase, chao gente,
¡es la dicha que se viene!

Esperanza

Recuerdo que cuando era un niño, todos los días me asomaba por el balcón de mi departamento para poder ver como se emborrachaban los señores en la plaza, los miraba por horas, incluso muchas veces casi me quedé dormido mirando como bebían, pero no podía ir dormir hasta que se fueran, porque necesitaba que mi papá viniera a arroparme en la cama.

.....
CUENTO

“Padre (los señores de la plaza)”

SEBASTIÁN IGNACIO BULNES CAMPUZANO

Estudiante pregrado
Ingeniería civil industrial
Facultad de Ingeniería

Agradecemos a:

Carolina Arros
Javiera Bellolio
Florencia Brito
Romina Brusadelli
Paul Bücher
Sebastian Ignacio Bulnes
Diego Bustos
Danilo Cabrera
Roberto Canales
Amanda Cayazaya
Isidora Celis
Fernando Chagra
Valeria Chrun
María Francisca Chau
Hugo Contreras
Antonia Correa
Patricio Corvalán
Bernardita Cox
Matias Delgado
Joaquín Díaz
Roberto Andrés Donaire
Sebastián Donoso
Cristián Dulanto
Cristián Dulanto
María Ignacia Erazo
María Belén Ferreira
Catalina Fischer

Paola Gómez
Constanza Guerén
Florencia Hemmelmann
Iván Esteban Henríquez
Sohad Hodali
Sohad Hodali
Francisca Jerez
Joaquin Larrain
Pedro Lavín
Kevin Liu Chen
Fernanda Millanao
Xaviera Molina
Xaviera Molina
Catalina Moya
Martina Perondi
Hellen Quiñones
Florencia Rubio
Claudia Sarai Faúndez
Vicente Silva
María Cristina Silva
Antonia Tonda
Astrid Valenzuela
Paulina Vásquez
Javier Vega
Benjamín Villela
María Eugenia Wurth

Afiches versiones anteriores

4to concurso artístico y literario
 Plazo de entrega: **09.05.2014**
 ¡TODOS PARTICIPAN! ESTUDIANTES, DOCENTES Y ADMINISTRATIVOS DE LA FACULTAD DE MEDICINA CAS-UDD

CONCURSO literario y artístico
 CATEGORÍAS: Poesía, Cuento, Fotografía y Dibujo
 Organiza: Centro de Humanidades
 Fecha: **01.04.2011**

concurso artístico y literario
 Plazo de entrega: **10.06.2016**
 ¡TODOS PARTICIPAN! ESTUDIANTES, EGRESADOS, DOCENTES Y ADMINISTRATIVOS DE LA FACULTAD DE MEDICINA CAS-UDD

concurso artístico y literario
 Plazo de entrega: **05 | 06 | 2017**
 El Territorio ¡Todos participan! ESTUDIANTES, EGRESADOS, DOCENTES, ADMINISTRATIVOS DE LA FACULTAD DE MEDICINA CAS-UDD

10º concurso artístico y literario 2020
 tema: **CÓMO INTERPRETAMOS NUESTRO CHILE DE HOY**
 5 categorías: cuento, poesía, pintura o dibujo, fotografía, escultura o instalación
 Plazo de entrega: **viernes 3 de julio, hasta las 17:00 hrs.**
 recepción y exhibición de obras: **miércoles 5 de agosto, a las 19:30 hrs. Galería de Arte Espacio O, Barrio Bellavista, Villavicencio 395, Santiago**

concurso artístico y literario
 Fecha: **30.04.2013**
 CATEGORÍAS: Cuento / Poesía / Fotografía o Dibujo

concurso artístico y literario
 Plazo de entrega: **6 | 07 | 2018**
 CATEGORÍAS: CUENTO - POESÍA - PINTURA - DIBUJO - FOTOGRAFÍA

12º concurso artístico y literario 2022
 Premiación y exhibición **RESERVA LA FECHA**
 Lunes 1 de agosto, 12 horas
 Aula Magna Campus Rector Ernesto Silva Bafalluy Av. Plaza 680, Las Condes.



II CONGRESO
DE FILOSOFÍA Y CIUDAD

“IMAGINAR, (CON)VIVIR, Y HABITAR”

¿CUÁNDO?

5 al 7 oct

MODALIDAD

mixta presencial en el UDD y online

PLAZO PARA ENVÍO DE LAS PROPUESTAS DE COMUNICACIONES

15 **septiembre**

FARO UDD es un centro interdisciplinario de humanidades y ciencias sociales creado por la Universidad del Desarrollo como un espacio académico de reflexión, que busca la generación de contenidos, el enriquecimiento del debate público nacional, y la formación de talento académico joven. Información y consultas en faro@udd.cl.





Facultad de Medicina
Clínica Alemana - Universidad del Desarrollo

